

El Séptimo Sello

Mario Martin

**CRÓNICAS
DE
ACUARIO**



Libro 2

EL SÉPTIMO SELLO

Capítulo 1

CRONICAS DE ACUARIO

LIBRO II - EL SÉPTIMO SELLO

Cuentan las leyendas que he caído,

Pero soy feliz aquí,

Contigo.

CAPÍTULO 1

EL HOMBRE-MECHA

I

Nilita estaba asustada. No recordaba haber hecho nada mal, pero lo cierto es que la suma sacerdotisa le había mandado llamar. La vieja estaba siempre de muy mal humor desde que perdió el ojo cuando explotó su báculo. Quizás la última colada no quedó limpia, pensaba para sí, mientras subía por el sendero hacia el promontorio donde Lumma había instalado su silla. Desde allí controlaba el campamento de los impíos, situado en el valle que se extendía a sus pies. Al llegar la muchacha, señaló en esa dirección y dijo:

- Esta noche morirán todos. Hay luna nueva. La ira de Amón ha llegado. La Carga nacerá al mundo.

- Sí señora ¿Me has mandado llamar?

- Así es Nilita. Dime ¿Has obedecido la más importante de las órdenes que te di antes de salir de Saba? ¿Eres virgen?

La muchacha pareció turbada y apartó la vista de aquella pupila blanquecina que sondeaba su alma...

- Sí señora, jamás me atrevería a desafiar la cólera de Amón.

- Bien, bien hija mía. Acércate que te tiente.

Nilita se turbó más todavía, mientras un dedo de la vieja exploraba su intimidad. Al cabo Lumma la soltó y dijo:

- Que Amón te bendiga hija mía. Puedes marcharte.

- Señora, una pregunta: ¿Crees que el reino que Amón me dará para gobernar será cálido? No soportaría vivir en un sitio frío...

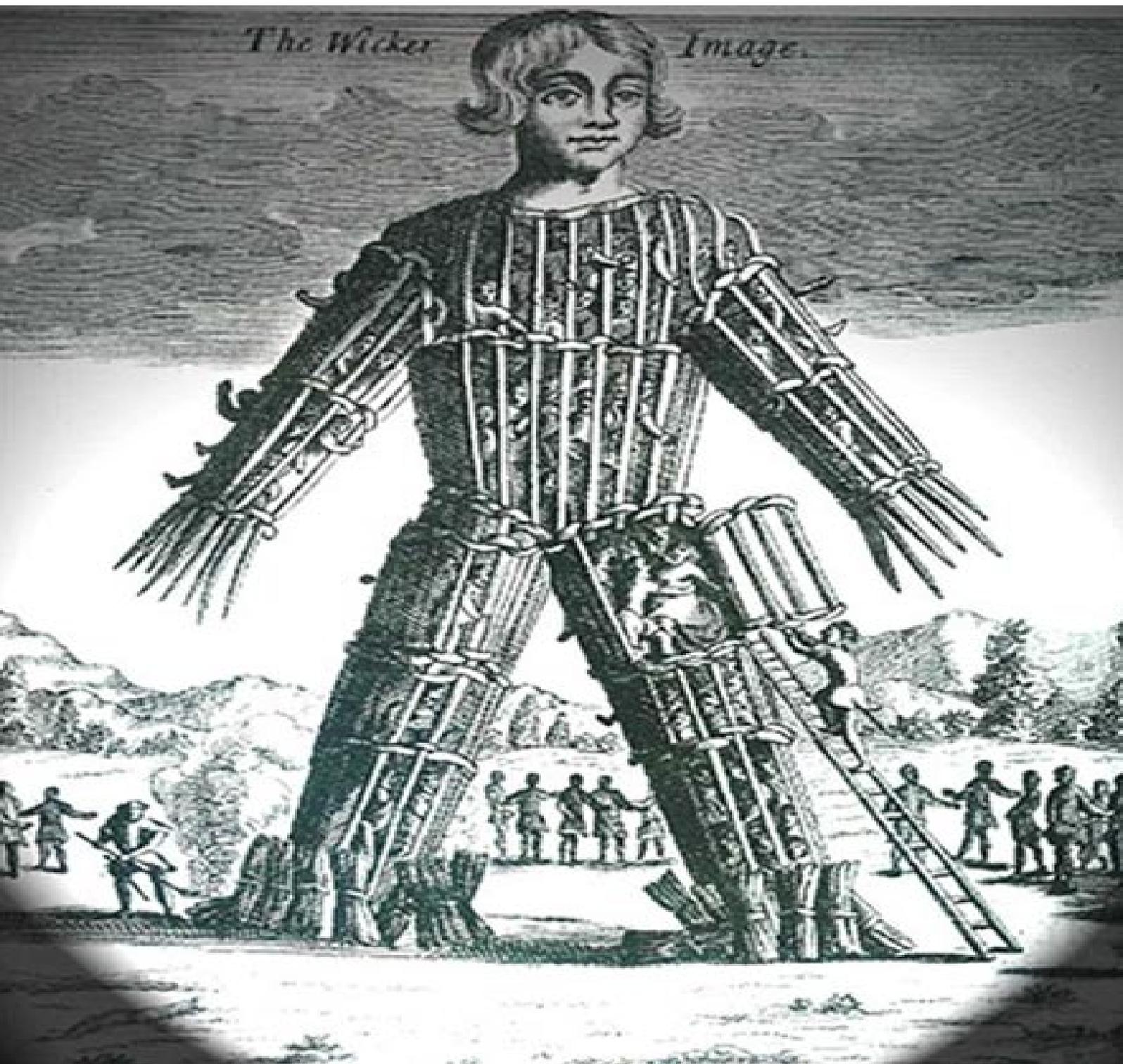
- Jijiji, claro hija mía, cálido, muy cálido, jijiji.

Una vez se alejó la muchacha, Garra, lugarteniente y nieto carnal de la vieja, abandonó su escondrijo tras una roca cercana y le dijo:

- El hombre-mecha está casi terminado. Sólo falta la cabeza. Es difícil conseguir que parezca un niño con los materiales que tengo... enseñame otra vez el diagrama. Lo tendré listo en una hora. ¿Dónde quieres que lo levante?

- Ponlo de pié justo aquí, encima del promontorio. Los impíos deben poder verlo desde su campamento. Lo prenderé justo antes de que os lancéis sobre ellos, será la señal para empezar el ataque. En medio de la lucha, verán como el wicker cobra vida. Sus corazones encogerán de terror... y si planean algo para evitar que el hombre-mecha le abra la puerta a Amón por este lado, estarán demasiado ocupados para hacer nada, mientras luchan por sus vidas contra vosotros.

La bruja extrajo un pequeño cuaderno de pergamino de un cajón de su silla-palanquín. Lo abrió y le mostró un dibujo a Garra mientras decía:



La apariencia de la cabeza no es fundamental. La oración y las llamas le darán la vida y dotarán al wicker de su verdadera forma. Lo importante es llenarlo bien de paja seca y tener cuidado de que la celda sea sólida y quede situada justo donde va el corazón. Lo demás déjame a mí.

A corta distancia de allí, pero separados por un acantilado casi vertical, la expedición de Khavo se disponía a comer. Las provisiones que cada uno trajo han mermado mucho y la caza escasea cada vez más. El alborozo con que recibieron al explorador cuando apareció con una cabra montesa a hombros, estaba pues justificado. Lak se acercó a palmeaar su espalda

mientras decía:

- Veo que estás muy recuperado, fue buena inversión curarte, jejeje... esta noche te impondré las manos por tercera vez y tu pecho sanará por completo.

Pero Chuan parecía preocupado. Depositó al animal en el suelo y se dirigió a Smolensk:

- Capitán, los de negro nos han seguido hasta aquí y han montado su campamento en lo alto del acantilado.

El explorador señaló al lugar donde acampaban Lumma y sus secuaces. Smolensk quedó un momento pensativo y dijo:

- Mal asunto. Aquí abajo estamos vendidos. Después de comer continuaremos camino y subiremos hasta la entrada de la mina. Allí estaremos mucho más seguros.

El capitán señaló al acantilado contrario, que cerraba el estrecho valle por el otro lado. Un sendero tortuoso y muy empinado llevaba hasta su base. Todos habían estado de acuerdo en parar a comer antes de atacar sus cuevas... Smolensk añadió:

- Cada uno en un acantilado y el barranco por medio, si quieren pelea no se lo pondremos fácil... y según nuestro hechicero, estaremos en el lado bueno, el del tesoro, jejeje.

A medida que superaba dificultades y se acercaba a su objetivo, la sed de oro del capitán se iba acentuando aún más. También la inquietud de Khavo. El tesoro era poco más que una invención suya. El desenlace se aproximaba a marchas forzadas. Si había que sustituir el oro por más palabras vacías, tendrá que elegir las muy bien... Smolensk se volvió hacia Lak y le dijo:

- Sacerdote, creo que el huevo que me mordió el lobo se ha infectado. Comprendo que la herida de Chuan era más grave, pero cuando acabes de sanarle hoy, te agradecería que usaras conmigo tus milagros.

Para curar a alguien, Lak debía imponer sus manos en la zona afectada y recitar el mantra de sanación de la diosa Lakshmi. Pensó con disgusto en el testículo de Smolensk y respondió:

- Lo siento capitán, la herida no presenta gravedad suficiente. He de reservar mis milagros por si alguien más sale herido. No le estorba para andar y en menos de tres días sanará por sí solo. Si me equivoco y empeora, invocaré mi poder sobre usted, pero le garantizo que no será

necesario.

Tapix se acercó y le pasó al capitán su frasco de bálsamo milagroso:

- Queda poco, he gastado... ese maldito zuzú me reventó tres costillas... pero será suficiente. Tres friegas en la herida, una cada seis horas. No te preocupes, tengo más frascos llenos.

El semblante de Smolensk se alegró. Subconscientemente, también su corazón. Había pasado la vida dando órdenes y mirándose el ombligo. Pocas veces cosechó un gesto de amistad... sólo supo decir:

- Gracias.

Una hora después los compañeros disfrutaban de la comida, sentados en torno a un fuego de abundantes brasas. Once trozos de cabra, pinchados en palos, se doraban sobre ellas. Ninguno pensaba quedarse sin repetir. A cierta distancia del grupo, Cicatriz se ocupaba de las partes menos nobles: cabeza, tripas, casquería... todo crudo, por supuesto. Aunque su mente fuese humana, el instinto animal del ratel imponía su gusto por la sangre, a la hora de comer... grandes nubarrones blancos aparecieron de improviso tras la cima del acantilado al cual se dirigían y taparon el sol. Una ráfaga de aire helado procedente del este alborotó las brasas, haciéndolas chisporrotear.

Wendor miró al cielo. Masticó un buen bocado de jugosa paletilla con satisfacción y cuando hubo tragado carne y grasa, dijo:

- El invierno llega. Dicen que cuando tarda tanto en llegar como este año, suele ser más duro. Esta noche puede nevar.

- Sí ¡En el coño de alguna! Jajaja.

Exclamó Lak, soltando una carcajada y mirando de reojo a Jiri y a Brawer, que se habían sentado juntos y un poco alejados, como siempre, últimamente...

- Me encanta la nieve.

Apuntillo Sinfe, en su inocencia. Khavo se arropó con su manta de lana, que había doblado y cosido para fabricarse un abrigo, agujeros para brazos incluido. No había traído ropa de invierno, aunque sí un par de buenas mantas. El mago se maldijo por esa imprevisión, hasta la muchacha iba mejor abrigada que él. Pensó en Jiri y Brawer... y Shi. La demonio se lo estaba pasando bien en su nuevo cuerpo... se alegró del cinturón de castidad que llevaba la chica...

- ¿Acaso estás celoso?... ¿O sólo son ganas de fastidiar?

La voz de Shi resonó alegre en su cabeza, sin que nadie más pudiera oírla. El mago respondió mentalmente:

- Te he dicho un millón de veces que no espíes mis pensamientos.

A pesar de que Khavo no tenía acceso alguno a la mente de Shi, ella había encontrado algunos hilos sin romper del lazo rúnico que antes les había unido, y los usaba para establecer un nexo telepático con el mago y leer sus pensamientos, sobre todo cuando estaba aburrida. La súcubo le ignoró y por boca de Jiri, de modo que todos la oyeron, dijo:

- Para ser un hombre santo, tienes la lengua muy larga... pero no caerá esa breva, mi madre me encasquetó un cinturón de castidad antes de salir...¿Quizás tu diosa pueda hacer algo al respecto?

Brawer se puso colorado, el joven guardia era muy tímido... al igual que Jiri. La muchacha estaba escandalizada de las frases que Shi ponía en su boca... más la dejó hacer. Le atraía la personalidad desinhibida de la demonio y como conseguía lo que quería... y lo que quería era librarse del incómodo vanadio. Ante el descaro de la joven, el sacerdote contestó divertido:

- El poder de Lakshmi no conoce límites, podría liberarte con un chasquido de mis dedos, pero ya sabes que debo economizar mis milagros por si alguien sale herido. ¿Os creéis que esto es un parque y hemos venido a merendar? Jajaja.

- Yo quizás podría ayudarte, soy experto en cerraduras.

Ahora fue Chuan quién intervino. Le gustaban los cerrojos y le pareció un reto agradable. Jiri contestó desconfiada:

- Pero, tendrás que tocarme... tendré mis hachas en la mano y si noto que te pasas, cortaré algún trozo de tí como recuerdo.

- Nah, tranquila. Hace dos días que no encontramos donde bañarnos. Dos días de caminatas. No gracias, jajaja. Toma, mete esto en la cerradura y hazlo girar despacio.

Chuan le pasó a Jiri un pequeño y extraño objeto metálico. Se asemejaba a un clavo fino y largo, pero llevaba pegados numerosos filamentos de acero en perpendicular, muy finos y de distintos tamaños. Jiri introdujo el artilugio en la cerradura de su cinturón de castidad, mientras Chuan pedía silencio. Al hacerla girar, los filamentos de la herramienta chocaron con los resortes de la cerradura y emitieron una

serie de notas que el explorador escuchó atentamente. Luego exclamó:

- Do, re, sol, mi, re, la. Ja!

Con la ayuda de una pinza Chuan dio forma al extremo de un trozo de alambre y tras retocarlo varias veces se lo pasó a Jiri.

- Toma, mete esto en la cerradura y cuando llegues al fondo aprieta y giralo hacia tu pierna izquierda.

La muchacha hizo como le pedían y al momento negó:

- No se abre.

- A ver, dame el alambre.

- ¡Hoy no mojas Brawer!

Exclamó Tapix, haciendo enrojecer de nuevo al guardia. Chuan examinó el alambre y corrigió un bucle que se había doblado.

- Te dije que apretaras cuando llegues al fondo. Entonces el alambre entrará un poco más. No lo gires antes.

Jiri volvió a intentarlo y esta vez una sonrisa anunció su éxito.

- Se ha abierto... ¡Se abrió!

Exclamó alborozada, mientras contorsionaba su cuerpo para librarse del incómodo artefacto. Después se levantó y lo arrojó lejos, hacia unos densos matorrales. El grupo aplaudía y Brawer enrojeció más todavía.